



N° 96

“El espacio urbano en el Cusco colonial: uso y organización de las estructuras simbólicas”

Autora: Graciela María Viñuales.

**Comentaristas:
Carlos Pernaut y Alberto S. De Paula**

Abril de 1999

EL ESPACIO URBANO EN EL CUSCO COLONIAL: USO Y ORGANIZACIÓN DE LAS ESTRUCTURAS SIMBÓLICAS

GRACIELA MARÍA VIÑUALES

1. Introducción

Este trabajo se propone ahondar en el conocimiento de la ciudad del Cusco en la época colonial, relacionar y complementar aspectos hasta ahora trabajados en forma aislada y, particularmente, estudiar las estructuras simbólicas y el uso del espacio urbano. En lo geográfico, cubre la ciudad del Cusco (Perú), su centro histórico y sus barrios periféricos. En tiempo, contempla la época colonial (1534-1825).

Más allá de lo avanzado en la comprensión del Cusco colonial (en cuanto a sus viviendas y algunos edificios en particular) es ahora indispensable acometer el tratamiento de las obras religiosas y su inserción en la vida urbana. Porque, si bien pareciera un tema autónomo, está íntimamente relacionado con el quehacer de toda la ciudad, la organización barrial y la forma en que lo ha visto y lo ha vivido el hombre cusqueño. Este trabajo busca, entonces, conocer no sólo a los propios edificios, sino también a las relaciones de éstos con funciones y servicios urbanos. Se podrá dar a conocer así un tema fundamental para la comprensión del urbanismo americano.

El estudio se orienta a profundizar y verificar algunas observaciones previas, que podrían sintetizarse en tres aspectos principales: el reordenamiento interno de la población en el siglo XVI, la organización de los barrios en el siglo XVII y la consolidación de las estructuras simbólicas de la ciudad a principios del siglo XVIII.

2. Estructuras simbólicas del siglo XVI

El Cusco existía como ciudad imperial incaica a la llegada del español en 1534. Era la capital política de una vasta región que se extendía desde Colombia hasta Argentina y Chile, y

del Pacífico hasta la ceja de selva amazónica. Pero también era la capital religiosa y el centro simbólico del territorio dominado, al que caracterizaba con cuatro divisiones o nimbos hacia los puntos cardinales. Era igualmente la síntesis de ese territorio, al que nominaba como Tahuantinsuyo (el conjunto de los rumbos).

Esta idea del espacio, subdividida por ejes perpendiculares, parecería unirse no sólo a una observación astronómica sino también a antiguas tradiciones preincaicas, como la de los huaris que habían utilizado la línea recta y el ángulo de 90° en sus construcciones y en sus diseños urbanos. La misma ciudad prehispánica del Cusco no era lo que hoy llamaríamos una cuadrícula, pero podría reconocerse en ella el uso de calles rectas y manzanas rectangulares, (acomodadas más que implantadas) sobre un terreno con fuertes pendientes y cruzado por tres cursos, de agua.

El espacio central estaba conformado por una gran plaza (Huacaypata) que se desarrollaba en una extensión de 150 metros por 450, aproximadamente, y que era cruzado por el Huatanay, el río principal. Los diferentes niveles de la plaza y la misma corriente del río, otorgaban jerarquía interna a semejante explanada, destacándose las elevaciones que había hacia el este y el oeste, hoy casi coincidentes con la Catedral y la iglesia de San Francisco. Para ocasiones especiales, por encima del cauce del Huatanay se colocaban losas que unificaban el conjunto.

Fuera de este espacio central, había algunos sitios cercanos que también recibían alguna calificación particular. Entre ellos, podemos destacar tres: el Coricancha, Colcampata y el barrio de la nobleza incaica que había reconstruido Pachacútec. En el primero (literalmente “patio del oro”) se encontraba el Templo del Sol y su situación estaba a dos cuadras hacia el sudeste de la plaza. Hoy se encuentra allí el convento de Santo Domingo. A similar distancia, pero al norte, se halla Colcampata. Como su nombre lo indica se trata de una explanada elevada en la que se encontraban los almacenes de granos para el abastecimiento de la ciudad sagrada de los incas y junto a los cuales se erigiría la parroquia de San Sebastián. El barrio nobiliario coincide en parte con la plazuela de Nazarenas.

Al tomar el Cusco, los españoles se encontraron una ciudad que en cierto sentido se asemejaba a la idea de damero que ellos traían para las fundaciones. Eso les permitió repartir los solares (como si estuviesen vacíos) subdividiendo manzanas, casi como cuando ellos

mismos trazaban una nueva ciudad. Pero el espacio de la plaza les resultaba desconcertante, aun cuando (por lo general) el río marcaba una división de la explanada. Fue así que no tardaron en subdividirla en varias plazas de diferente carácter. Dos conjuntos de manzanas ayudaron a esto, conformándose la actual plaza de San Francisco, la del Regocijo y la mayor, de, hoy Plaza de Armas. Con todo, la del Regocijo sufriría diversos cambios de trazado a lo largo del tiempo.

Cada uno de los lugares prestigiados del incanato fue utilizado para la colocación de nuevas funciones calificadas. Pero ello no quedó establecido desde un primer momento, ni se decidió con firmeza. Las posiciones de la catedral y de algunos conventos, beaterios y monasterios fueron cambiados varias veces, trasladados en la ciudad y retrazados dentro, del lote asignado. Asimismo, hubo casos en que terminaron en solares que habían sido asignados para casas particulares de los cuales no se tomara nunca posesión. Interesante es ver cómo en tales situaciones, en la segunda asignación se mencionaba la función de épocas prehispánicas para ratificar la elección del solar. Eso pasa, por ejemplo, con Santa Catalina, monasterio ubicado en donde estuviera el recogimiento de las “vírgenes del sol”.

Fue así que no sólo fueron tenidos en cuenta los lugares sagrados o de principal importancia simbólica en el momento de la toma de la ciudad, sino que esta idea siguió en la mente de los conquistadores a lo largo del tiempo. Hay indicios de que ello continuó y finalmente se enlazó con la propia vida colonial e independiente. De esta manera la calificación de la conquista fue un nexo entre la importancia dada por los incas a los diferentes sitios de la ciudad y la que finalmente perduraría. Ello se dio a pesar del traslado político a Lima (ocurrido en el mismo siglo XVI), de los cambios socioeconómicos y de los cambios funcionales internos de la ciudad. La persistencia llega hasta nuestros días y puede ser verificada a través de la ubicación de los edificios, por el uso que se hace de los espacios y por la misma percepción de sus habitantes.

3. Distintos tipos de edificios religiosos

3.1. Catedral

Como decíamos antes, no a todos los edificios se les daría un sitio propio e inamovible.

Muchos de ellos sufrieron traslados, y algunos, grandes cabildeos (eclesiásticos y seculares) para obtener su asentamiento definitivo. El caso de la catedral fue uno de ellos, cuya obra tuvo diversas vicisitudes porque apenas comenzada se decidió su reubicación más de una vez. Esto finalmente cesó en unos años y la construcción definitiva pudo concretarse en el siglo XVII. Las construcciones adyacentes que hoy vemos (el Sagrario y Jesús María) se levantaron casi al unísono y en pocos años durante el siglo XVIII. Aunque ciertamente el primero tuvo una edificación anterior que fuera removida casi en su totalidad.

El conjunto se ubica en una elevación que se abre a la plaza de Armas y se encuentra sobre los sitios de Quishuarcancha y de Sunturhuasi, palacio y galpón sagrado del Inca Huiracocha. Por tal motivo reitera la posición dominante frente a la plaza, no sólo física, sino también simbólica. Si a ello agregamos que por mucho tiempo ese gran atrio fue enterratorio, podemos reconocerle un valor mayor a ese simbolismo.

El terremoto de 1650 haría, además, que la catedral pasara a ser el modelo constructivo de diversos templos de la ciudad, ya que del comportamiento de sus bóvedas de crucería se inferiría que éste era el sistema adecuado para afrontar los riesgos sísmicos. Pasaría lo mismo con el diseño de las torres, con la forma de trabajarla cantería y con muchos otros detalles arquitectónicos y ornamentales. Lo que no se seguiría como modelo sería su amplia planta basilical, pues las otras iglesias presentan naves únicas, si bien algunas de ellas con capillas y crucero.

La catedral, elevada a tal rango desde la temprana fecha de 1538, albergaba en su recinto y en sus inmediaciones una serie de funciones bastante amplia, muchas de las cuales aún están en vigencia. Larga es la nómina de dignidades, canónigos y demás oficios que se señalan en el Auto de Erección del 5 de septiembre de ese año, lo que nos permite vislumbrar aquellas funciones. Entre ellas quisiera recordar que para lo que estrictamente se refería al culto, había treinta y nueve personas, que con el propio obispo llegaban a las cuarenta. Pero si bien esos cuarenta habían recibido las órdenes sagradas y estaban dedicados a cuestiones religiosas, entre ellos había quienes tenían a su cargo otras tareas. Había docentes en diversos niveles, responsables del canto y de la música, encargados del hospital, de la economía, de la obra constructiva, de la escribanía, del órgano y de otros asuntos relacionados con el servicio material del templo.

De la rápida lectura de ese Auto puede imaginarse la cantidad de misas, horas de coro (con oraciones, canto y órgano), procesiones, repique de campanas y otras celebraciones que se sucederían a lo largo del día, además de las otras actividades que los mismos nombres de los oficios nos sugieren. A ello habría que agregar que el cabildo eclesiástico y algunos de sus miembros en particular atendían cuestiones civiles relacionadas con la vida de la ciudad y aun de la región. Es así que la importancia que adquiría una vinculación con la catedral servía como voto de confianza ante muy diversas situaciones.

3.2. Las parroquias

La iglesia del Sagrario ofició como parroquia de la catedral. Allí tanto se atendía a los españoles cuanto a las “piezas”, es decir: a los de origen africano, seguramente teniendo en cuenta que la residencia de la mayoría era en el centro, en casas de españoles. De todos modos, los sacerdotes que atendían a unos y otros eran diferentes. Esta iglesia, sagrario y parroquia de la catedral, también es conocida como del Triunfo en recuerdo del que tuvieron los españoles sobre los indígenas en el siglo XVI, episodio cargado de leyendas y simbolismos. Se da como un hecho que la Virgen de la Asunción, así como Santiago bajaron a ese sitio en ayuda de los hispanos.

Para la evangelización de los indígenas, y según lo ordenado por Felipe II, el corregidor Polo de Ondegardo fundó ocho parroquias en los alrededores, las que fueron confirmadas por el virrey Toledo. Cada una de esas agrupaciones tenía un cierto grado de coherencia interna, ya fuera por el parentesco, la proveniencia y hasta por la ocupación laboral. El templo de esas parroquias fue levantado muchas veces sobre terrenos particularmente destacados en lo físico lo simbólico, como andenerías y antiguos lugares de culto. De esta manera, se aprovechaban los valores preexistentes y se lograba fijar la residencia agrupada de las familias, evitando la dispersión. Con ello se facilitaba su adoctrinamiento y su asistencia.

Quedó así organizada una estructura general de la ciudad en la que un conjunto de parroquias de naturales rodeaba la única parroquia de españoles. Con ello se concretaba otro tipo de plan de evangelización, ya que tales barrios funcionaban como verdaderas reducciones urbanas, con una serie de características bastante similares a las de asentamiento rural. Pero aquí, la cercanía del Cusco permitía la participación en la vida ciudadana y -a la larga- el

ascenso social de algunos.

3.3. Los conventos y monasterios

Al reorganizarse la ciudad, ya se encontraban presentes varios grupos de religiosos de diferentes órdenes, a los que poco después se agregarían otros. A los dominicos les sería entregado el sitio del Coricancancha (patio de oro) que, separado de la plaza de Huacaypata, era lugar sagrado por excelencia, ya que allí se encontraba el disco de oro que representaba al sol y las momias de los incas fallecidos. Franciscanos, mercedarios y agustinos recibieron sitios donde asentarse en las proximidades de la plaza, aunque serían poco después los jesuitas quienes obtuvieran un lugar excepcional sobre la misma plaza, lugar que no había sido ocupado por el adjudicatario del repartimiento original. Esta interesante ubicación (a pocos metros de la catedral) sería motivo de diversas controversias en varias oportunidades.

Y si a los conventos masculinos ya se los vería instalados a finales del siglo XVI, a los monasterios femeninos se los vería consolidados unas décadas después. Santa Catalina y Santa Clara relacionadas con Santo Domingo y San Francisco respectivamente serían por un tiempo las dos comunidades de la ciudad. Sólo después del terremoto de 1650 llegarían “las teresas” y organizarían su casa. Santa Clara fue el primer monasterio y se ubicó en la zona de Amarucata después de una primera casa como beaterio en Chaquilchaca (hoy barrio de Santiago). En su nueva colocación en el antiguo barrio de la nobleza incaica (hoy plazuela de Nazarenas) definió sus reglas y tuvo nuevo impulso. Pero en 1622 se mudaría a su lugar definitivo en la zona que por entonces se llamaba la Alameda Santa Catalina se ubicaría sobre el Acllahuasi (casa de las vírgenes del sol) y Santa Teresa a la vera del río Saphi sobre antiguas viviendas de españoles. Fundaciones y mudanzas dieron lugar a festejos y procesiones en las que participo toda la ciudad

Otros beaterios fueron surgiendo a lo largo del tiempo, algunos de los cuales han llegado a nosotros, aunque ciertamente transformados según el nuevo derecho canónico. Entre ellos se destacan el de Santa Rosa, el Carmen de San Blas y particularmente el de las Nazarenas. Estas asociaciones femeninas tenían una organización más parecidas a las de las congregaciones actuales, dedicadas a la enseñanza, al asilo de niñas y a labores manuales que les sirvieran de sustento, no teniendo el carácter cerrado de los monasterios, sino con relación más directa con

la comunidad civil.

Cualquiera de estas comunidades femeninas o masculinas era el centro de la vida barrial. Sus templos y capillas eran punto de encuentro ritual y sus claustros albergaban en más de una ocasión a personas indefensas, afligidas o ávidas de una ayuda espiritual y material, más allá de quienes llegaban en busca de una formación académica o religiosa. Las actividades internas proveían del sustento diario (huerta y gallinero principalmente) y sus excedentes podían ser vendidos. Algunas comunidades se destacaron por algún producto particular como dulces, jabones, licores, remedios, bordados, telares. Otras fueron más notorias por su producción intelectual o su consejo acertado. La provisión de agua fue otro asunto convocarte, ya que como veremos, en estos sitios se encontraban las fuentes que abastecían a las familias vecinas.

3.4. Hospitales

Debemos tener en cuenta que la acepción de la palabra “hospital” ha ido variando con el tiempo. Porque no solo ha cambiado el concepto de salud y enfermedad, así como las posibilidades de curación, sino que la misma idea de hospital estuvo también asociada a las de asilo, amparo, contención, lugar seguro en donde alojarse, idea que hoy ha caído en desuso. De ahí que, a veces, se diga hospital de sacerdotes cuando se está hablando de una casa para viejos sacerdotes pobres que no tienen capacidad económica para sostenerse ni familia que vele por ellos, aun sin estar realmente enfermos. En otros casos, sobre todo en los de mujeres, las enfermas y las enfermeras convivían en una casa ayudándose mutuamente. Sin embargo, la tarea de atención de la salud era la función principal de estos establecimientos.

En el Cusco aparecen los hospitales subdivididos por grupos sociales. Así están los de españoles, los de indios, los de sacerdotes y los de mujeres. Partes de los viejos edificios quedan aún en pie, pero también subsisten algunas organizaciones que hoy, con nuevo nombre y domicilio, reconocen su origen colonial. Más allá del hospital de sacerdotes, que por un tiempo estuviera cerca de la catedral y en otro tiempo se ubicara en inmediaciones de la plaza de San Francisco, se destacó el hospital de San Bartolomé, que luego se llamara San Juan de Dios cuando esa comunidad llegara a la ciudad y se hiciera cargo de su manejo. El sitio, con la capilla de esta última advocación, son hoy parte del Colegio de Educandas

fundado por Bolívar.

También de gran importancia fue el hospital de los naturales y su parroquia, hoy San Pedro, que ayudara a consolidar un barrio con fisonomía propia. Con el tiempo se crearía el hospital de San Andrés, para mujeres, y el de la Almudena, para convalecientes. Los templos de San Pedro y la Almudena siguen en pie, no así el de San Andrés, cuya portada ha sido rearmada en otro edificio. A la vera del viejo hospital de la Almudena sigue en uso el cementerio principal de la ciudad.

3.5. Establecimientos educativos

Conventos y monasterios cumplían funciones educativas de primeras letras, así como de formación de sus propios novicios. Con ello, además del servicio que se hacía a la comunidad del barrio, se daba educación ordenada a la continuidad de las mismas congregaciones. Así, hombres y mujeres recibían lecciones bastante diferentes, no sólo en cuanto a los sexos, sino también a lo que cada orden religiosa periferia para sus miembros. Entre ellos, se destacaban los jesuitas, que a principios del siglo XVII fundaron los colegios de San Francisco de Borja para hijos de caciques y el de San Bernardo para hijos de conquistadores. Poco después, en 1622, abrirían la universidad de San Ignacio de Loyola.

A fines de ese siglo, el clero secular instalaría el seminario de San Antonio Abad, siguiendo las recomendaciones del Concilio de Trento en punto a la formación académica de los sacerdotes. Dicho Seminario adquiriría luego carácter universitario, con lo que se suscitarían innumerables problemas con alumnos y profesores de San Ignacio y San Antonio, llegándose a tener que prohibir el uso de armas.

De todos modos, es necesario destacar que los colegiales gozaban de una estima general en la ciudad y los exámenes de todos estos establecimientos superiores eran públicos adquiriendo un carácter de fiesta del saber. Asombra leer la descripción de las ceremonias, desde los tapetes de terciopelo carmesí que cubrían la mesa, hasta las hachas de plata con que se alumbraba el recinto y desde los temas que debía desarrollar el examinado (generalmente en latín) hasta la “contestación” que daba uno de los profesores convocados. Las crónicas muestran que quienes aprobaban seguían la vieja costumbre medieval de pintar el “vincitor”

con almagre en alguna pared del centro. Los grafitis no son invento del siglo XX. Funciones similares se cumplían para los concursos con que los curas ganaran “en propiedad” las parroquias que vacaban, aunque nada dicen del almagre.

Los edificios de estos establecimientos tenían similitud con los conventuales: templo como parte más destacada en su ornamentación y habitaciones alrededor de patios. La importancia del conjunto estaba dada por el número y tamaño de éstos, que generalmente tenían dos niveles. Las reglas propias de cada comunidad restringían el acceso de extraños más allá de ciertos límites. Por lo general, los educandos se alojaban en el lugar, aunque había alumnos externos.

En los años de la independencia, estos colegios y universidades fueron transformados y rebautizados, pero las viejas tradiciones, festividades y patronos siguen acompañando a alumnos y profesores de hoy, como que la universidad del Cusco se llama San Antonio Abad o que el Colegio de Ciencias festeja el día de San Bernardo.

4. Relación con su entorno inmediato

Ya hemos introducido el tema de la influencia de los edificios religiosos con los vecinos. Quisiéramos aquí detenemos un poco más en este asunto, ya que tales edificios eran unos verdaderos centros de servicios. Hemos mencionado los productos que cada comunidad ofrecía, el agua que proveía, la formación docente de niños y jóvenes, el consejo que frailes y monjas podían dar en circunstancias delicadas, casi actuando como siquiatras. Pero también debe considerarse que (sobre todo en las congregaciones femeninas) se daba amparo a personas incapaces, a perseguidos, a pobres, llegándose en ocasiones a tener tanta población de religiosos como de personas que no lo eran. Pero el amparo no sólo era de cobijo material y espiritual, sino que se propició la fundación de organizaciones comunitarias que tenían allí su sede, aunque no dependieran directamente de la casa religiosa.

Entre estas organizaciones estaban los gremios y cofradías, los primeros agrupados en torno a un oficio, los segundos a través de una devoción común. A veces una intención y otra coincidían y el patrón de la hermandad era un santo vinculado con la profesión. Pero también, a veces en un mismo oficio había diferentes cofradías que congregaban a diferentes grupos,

como los carpinteros indígenas en la cofradía de San José con sede en la catedral y los carpinteros españoles en la de Santo Domingo. Lo cual también dio origen a pleitos. Pero lo cierto es que estas agrupaciones servían para la ayuda mutua de sus socios de sus viudas y sus huérfanos. Asimismo, daba lugar a la herencia de herramientas, pago de fianzas organización laboral y de aprendizaje, posibilitando la inserción de las nuevas generaciones. Y aunque el carácter pareciera gremial, el componente religioso siempre estaba presente: tenían sus capillas, altares y sepulturas en determinados templos, salían en procesión según un orden y relación, preparaban sus altares portátiles en ellas y las fiestas que podían seguir a la celebración religiosa. Los gremios cumplían también algunas de estas funciones, pero su carácter estaba más ligado a la autoridad civil, el pago de impuestos, la posibilidad de abrir tiendas y el reconocimiento de los estamentos y grados del oficio.

Así, el grupo humano de cada parroquia o convento tenía puntos de contacto no sólo por la vecindad misma, sino por similar ocupación o devoción. En las parroquias de indios se dio también una mayor unidad familiar y de proveniencia. Los servicios que allí se prestaban apoyaban esa cohesión y dependencia mutua.

La distribución en la ciudad hacía que todos los barrios del centro y los periféricos quedaran bien atendidos y que su vecindario sintiera una pertenencia real, a lo que la torre y la portada del templo contribuían, ya que se tomaban como hitos identificatorios. Pero también sucedía esto con las plazuelas de cada uno de ellos, con los atrios y aun con los cambios de traza de veredas y calles en las cercanías del acceso a iglesias y porterías. Estos compases daban lugar a diversos usos religiosos y civiles, así como celebraciones y ritos. Y como a veces tales espacios recibían una reja que los cerraba, esas celebraciones podían desarrollarse con más comodidad y acomodo.

Además del templo y los claustros (generalmente delineados alrededor de patios), los edificios religiosos tenían otras edificaciones complementarias, huertos, jardines, cocinas y hasta salas de juego para uso de sus habitantes y de visitantes. No olvidemos que en las cercanías de las puertas principales podía encontrarse la fuente o el caño de agua de los que los vecinos hacían uso. La botica también se situaba próxima a la puerta, ya que era sitio de expendio de medicinas y licores. En cambio, cerca de las puertas falsas estaban los hornos de panadería y por allí tenían acceso las provisiones que la comunidad necesitara del exterior, entre ellas la misma leña del horno.

Las funciones comerciales no sólo podían darse en el convento o monasterio, con la venta de medicinas, pan y otros productos, sino que en las proximidades del convento y dependiendo de él podía haber tiendas, cajones y mercados regentados por particulares y cuyas rentas recogía la comunidad religiosa. Y si ésta era una fuente de financiamiento, también lo eran otras como los censos y las capellanías. Los primeros, eran una suerte de hipoteca que se hacía sobre bienes inmuebles en que las comunidades prestaban dinero a cambio de un interés pagadero en cuotas generalmente anuales o semestrales y de la garantía que significaba el bien. Los documentos nos muestran cómo buena parte del barrio vecino a un convento tenía alguna relación de dependencia con el mismo por este asunto. Aunque tales transacciones podían llegar a comprometer tierras y edificios rurales, así como su misma producción, lo que queremos señalar aquí es la fuerte unión de conventos y monasterios con la tierra urbana.

El financiamiento de la vida religiosa y el culto podían tener estas fuentes, así como donaciones precisas, muchas veces hechas por un moribundo que pretendía con ello expiar pecados de juventud y acallar su conciencia. Otras veces la donación tenía otras características con destinos que a la larga beneficiarían a un descendiente, como cuando se fundaban capellanías. Ellas consistían en la entrega de una cantidad, cuyas rentas gozaría un hijo o sobrino que se ordenara sacerdote. Por ello, éste se obligaba a rezar tantas misas por el alma del donante o hacer alguna obra pía en su nombre.

En el caso de los monasterios, era común recibir dinero y bienes para dote de las novicias. En realidad, había un cierto paralelo entre el noviazgo y el casamiento, y el noviciado y la profesión religiosa. Las costumbres y los ritos tenían muchos puntos en común. Entre ellos, queremos glosar aquí el de la dotación. Al estimarse que las mujeres no ganaban dinero por su trabajo, debían tener algún ingreso que las sustentara. Por eso, la familia entregaba una suma de dinero que, correctamente administrado, cubriría sus necesidades hasta su muerte. Y si eso sucedía con quienes se casaban, cuyo monto manejaría el marido, en el caso de las religiosas, la dote pasaría a la comunidad que administraría los bienes. En uno y otro caso, la disolución del vínculo (divorcio, muerte, egreso religioso) significaría la vuelta del dinero a la familia. Mientras tanto, los bienes daban rentas no despreciables y a veces contribuían con tierras rurales y propiedades urbanas.

Otra forma de ingreso posible, no sólo para las comunidades religiosas, sino también para

las cofradías estaba dado por donaciones condicionadas. Entre ellas debe señalarse las de las promesas de no jugar. Y aunque esto suene raro en el día de hoy, parece haber sido muy común en los siglos XVI y XVII, y no sólo en el Cusco. Ello era motivo de escrituras públicas en las que el jugador empedernido, lamentándose su proceder y los sufrimientos que acarrearía a los suyos, hacía promesa de no jugar a “juegos conocidos o por inventarse”, obligándose a pagar a tal o cual institución una cierta suma si se lo encontrara jugando, aumentándose geométricamente la cifra en cada reincidencia. Si bien estas donaciones no se hacían en el momento de la escritura, muchas veces tuvieron efectos sabrosos para la institución destinataria.

5. Relación con el conjunto de la ciudad

El panorama que hasta aquí se ha mostrado es el general, pero si analizamos cada una de las parroquias de indios y los entornos particularizados de las casas religiosas, veremos que ellos tienen sus características propias, sus funciones específicas y están habitados por grupos humanos diversos. En el caso del centro, tiende a pensarse en una población homogénea de españoles, imaginando a los indígenas agrupados en la periferia. Pero la documentación nos señala continuamente que los límites no estaban encerrados por ascendencias. Ya hablamos de cofradías indígenas situadas en la catedral, también vimos que la atención espiritual de negros y pardos se hacía en el Triunfo. Las escrituras públicas dan a conocer que había algunos barrios más apreciados, como lo fuera al principio el antiguo barrio de la nobleza incaica y luego lo serían las manzanas españolas que dividían las plazas de San Francisco y el Regocijo. Pero también es cierto que en las proximidades (como en Matará o la Cruz Verde) se avecindaban indios y mestizos, a veces propietarios de casas. Y no olvidemos que el colegio de San Borja, en el que se educaban los hijos de caciques y en el que estudiara Túpac Amaru, estaba a una cuadra escasa de la catedral.

De todos modos, la especificidad de los barrios estaba dada por otros motivos, como la pertenencia a los antiguos ayllus, la región de origen de las familias (por lo general unida a las parroquias más cercanas al camino que llevaba a esa región), los oficios comunes de sus habitantes o bien los que estuvieran en una misma cadena productiva. Es interesante ver dos asuntos: la agrupación de oficios que finalmente termina afianzándose en la nomenclatura de las calles y la persistencia de algunos de ellos en el día de hoy, como los pintores e imagineros

de San Blas. En algunos casos, pueden reconocerse orígenes prehispánicos de asentamientos familiares y aun de algunos agrupamientos gremiales, pero también es cierto que al producirse la reorganización de la ciudad española con el virrey Toledo, muchos oficios fueron trasladados, como los plateros que de su galpón cercano a la actual Santa Clara, pasaron a la vera del Saphi, calle Plateros de hoy, lugar en el que sigue habiendo joyerías.

Como ya señaláramos, la zonificación prehispánica y las condicionantes topográficas fueron determinantes a la hora de ubicar las parroquias y sus edificios de culto. Y si una constelación de ellos se acomodó alrededor del centro, otros dos se colocaron hacia el sud y a una considerable distancia: San Sebastián casi a una legua y San Jerónimo a más de dos. La pampa que hacia ese lado se extiende y los puntos significativos de ella nos remiten a aquellas cuestiones. Consideraciones similares podemos hacer en el caso de la Recoleta fundada sobre una “pata” o explanada en Munaisenca.

Asimismo, se tuvo en cuenta el equilibrio entre las congregaciones religiosas dentro de la parte central de la ciudad. Pero vemos que cuando se fundan los monasterios femeninos, así como los beaterios, se produce una serie de traslados y adecuaciones de viejos edificios, lo que también pasaría entre colegios y hospitales. Parece haber una acomodación bastante marcada hacia 1620, un posterior equilibrio y nuevos cambios poco antes del terremoto de 1650. Porque si bien se habla de un gran movimiento arquitectónico y artístico a posteriori del mismo, tal movimiento estaba en plena euforia al promediar la década anterior, como muestra la documentación de los archivos. Conciertos, dibujos, escrituras, libros de fábrica, son testigos fieles de esto.

Alrededor de 1620 aparece en forma clara una estructuración de la función educativa, como decimos más arriba. También es el momento en que se traslada Santa Clara al sitio definitivo. Su presencia y la del colegio de San Bernardo en la zona de Cuichipunco ayudarían a vertebrar esos barrios de Matará y la Cruz Verde, hasta entonces bastante periféricos. Esto en cierta manera coincide con la ganancia de prestigio de la zona que va de la plaza central a la de San Francisco y con el cambio de uso del antiguo barrio de la nobleza incaica, detrás de la catedral, que alberga a San Antonio Abad. Quince años antes se había fundado el monasterio de Santa Catalina sobre la calle que une la plaza con el Coricancha y a un centenar de metros de San Agustín.

Hacia 1645 estaban en plena construcción muchas de las iglesias de la ciudad, sus retablos e imágenes, estaban fundiéndose campanas y fabricándose órganos. La actividad era febril y ya los artistas y artesanos locales habían alcanzado un nivel técnico importante. Los colegios de San Bernardo y San Francisco de Borja se consolidan y compran sendas casas, a las que hacen obras de adecuación para su funcionamiento. Coincide con ello la fundación del hospital para mujeres, bajo la advocación de San Andrés, el que justamente pasa a ocupar el local dejado por San Bernardo y al que también comienza a hacerle arreglos.

Por eso, es bien claro que la reconstrucción de la ciudad y sus edificios más notables, después del terremoto de 1650, fue posible por la capacidad profesional que la ciudad ofrecía, más allá de los impulsos dados por autoridades y benefactores. Si el Cusco no hubiera alcanzado esa madurez artística, mal podría haber encarado la superación de semejante catástrofe. En realidad, los documentos muestran que no sólo se sintió un gran temblor el 31 de marzo, sino que hubo innumerables réplicas durante varios meses. Pero luego del primero, la ciudad comenzó su recuperación. Ello dio lugar a nuevos diseños arquitectónicos, a adecuación de emplazamientos y a nuevos trazados de calles. Entre esa fecha y el fin del siglo, las obras se multiplicaron. La llegada al Cusco del obispo Manuel de Mollinedo en 1673 daría un impulso decisivo.

Este obispo pondría dinero propio para muchas obras, visitaría todo el territorio a su cargo, dando indicaciones para el aseo de los templos y para el mejor desempeño del clero. Muchas obras de arte de la ciudad y el departamento se hicieron gracias a su intervención. En la ciudad fundó la viceparroquia de la Almudena, elevó a universidad al antiguo seminario de San Antonio Abad, consolidó la parroquia del hospital de naturales con la construcción de su templo (San Pedro) e hizo efectiva la fundación del monasterio de Santa Teresa, entre otras muchas iniciativas.

Es así que se llega a finales del siglo XVII con una estructura que hoy podemos reconocer. Otras fundaciones o traslados se darían a comienzos del XVIII, entre los que se destacarían la creación de beaterios o sus asentamientos definitivos. Estos establecimientos menores dedicados por lo general al amparo de niñas huérfanas, dependían de otros mayores y se distribuían por toda la ciudad, completando así los servicios de los conventos y monasterios, que ya anotáramos más arriba.

Esa estructuración de la ciudad llegará hasta hoy, a pesar de muchos cambios sobrevenidos, especialmente el ascenso y descenso económico, la expulsión de los jesuitas, las largas luchas independentistas y las novedades que traería el ferrocarril a principios del siglo XX. Sin embargo, no debemos olvidar que el esplendor de la ciudad sufriría un duro revés con la gran peste de 1720 que, a la larga, llevaría a su decadencia económica potenciada por otras situaciones internas y externas.

6. Uso de los espacios.

Echemos entonces una ojeada a esa estructura que hoy podemos verificar fácilmente. Salta a la vista que la plaza de armas continúa siendo el espacio convocarte por excelencia. Si en importancia las otras dos porciones de la antigua Huacaypata: el Regocijó y San Francisco, esta última con un trazado que ha permanecido bastante desde la conquista. La del Regocijo (o Cusipata) tuvo una extensión mayor por muchas décadas y era sitio de festividades civiles, representaciones teatrales y sobre todo, plaza de toros, para lo cual se cerraban los accesos y se alquilaban los balcones del vecindario. En una esquina de esta plaza nació y vivió el Inca Garcilaso, cuya casa está aún en pie.

En esta plaza se situaba el antiguo cabildo secular, por lo que algunas celebraciones, como coronaciones, nacimientos, matrimonios y muertes de reyes y príncipes tenían lugar aquí. También se instalaron en Cusipata muchos cajones de comercio, algunos de ellos pegados a los muros de la iglesia de la Merced, un par de los cuales todavía persiste, aunque con hechura de nuestro siglo. Esa función comercial llevaría a instalar una capilla abierta en esa iglesia, lo que permitía participar en la misa a quienes allí trabajaban, sin necesidad de abandonar local ni mercaderías. Pero a principios del setecientos se instalaría una casa de moneda, cuya sede se construiría en la porción sud de esa plaza, quitándole prácticamente la mitad de su extensión. Y aunque el decaimiento de la ciudad llevaría a su cierre, el edificio perduraría hasta la década de 1930, cuando se lo demoliera para dejar paso al hotel de turismo. De todos modos, nunca se recuperó la plaza del Regocijo original.

Y ya que hablamos de regocijos, bueno es echar un vistazo a otros entretenimientos del Cusco colonial. Allí mismo en la plaza había una casa de juego, que aún se mantiene y que en nuestros días aloja a un bar que ha recuperado su denominación: “El Truco”. Nada tiene que

ver con nuestro envite de naipes, sino que se trata de una especie de billar que parece haber estado de moda por aquel entonces, ya que el colegio de San Bernardo también tenía su sala de truco a la que podían concurrir invitados. Otro juego fue el de la pelota, seguramente algo parecido a nuestra paleta o pelota vasca, habiendo una casa que tenía una cancha que se había hecho famosa, tanto que en vez de nombrarla por el nombre de sus dueños, era conocida como Casa de la Pelota, o del juego de pelota. También hubo funciones teatrales en locales cerrados, uno de los cuales quedaría recordado en el nombre de una calle.

Como ya dijimos, cada edificio religioso tuvo su plazuela adyacente o al menos vio ensanchada su calle frontera (como en Santa Catalina). Pero también se organizaron otros espacios urbanos no relacionados con funciones religiosas, como la plazuela de Arones que alberga una fuente de agua, o las Limacpampas (grande y chica) que tienen funciones comerciales. Los lineamientos de cada una de ellas son particulares, y tanto hay plazas circundadas por calles, como las que son cruzadas por ellas, como las que sólo son un ensanche, casi como si un lote de esquina hubiera quedado vacío. Cada una fue acomodándose a las funciones propias y a la larga consolidó un diseño adecuado a ellas. Ya en el siglo XX se incorporarían fuentes, plantas, árboles y esculturas en muchas de ellas, a veces con resultados no muy felices.

Lo interesante es ver que estas identidades son complementarias entre sí y que su relación da lugar a vías particularmente significativas. Entre ellas, la que sobresale es la formada por la calle que bajando por la Cuesta de San Blas, continúa en Atunrumiyoc, Triunfo, pasa por el costado de la plaza de armas y el frente de la Compañía, y siguiendo en línea recta finaliza en el frente de San Pedro. En su trayecto relaciona las dos parroquias de indios, que están en sus extremos, con los conjuntos de la catedral, la Compañía de Jesús, la Merced, San Francisco y Santa Clara. Aunque también relaciona a todas las porciones de la antigua Huacaypata y pasa cercana a San Bernardo, San Antonio Abad y Santa Catalina. A eso podríamos agregar que en el trayecto hoy se reconocen otros elementos identificatorios como el museo arzobispal o el arco de Santa Clara.

Encuestas realizadas en 1975 mostraron a las claras que esta vía sacra estaba en la mente de la gente, así como los hitos que hemos nombrado. Lo mismo sucedía con otros hitos de la ciudad y los conjuntos o vías que ellos armaban, como por ejemplo: Belén-Santiago-la Almudena, o bien: San Antonio Abad-Nazarenas, o San Sebastián-San Jerónimo. Sólo en

segundo término aparecían hitos no religiosos, pero lo más notorio es que muchas veces no se hacía mención a nombres de calles y hasta se desconocían.

Haciendo un rápido repaso de los recorridos que vienen haciendo las procesiones (y que hoy se repiten) podemos ver que aquella vía principal siempre forma parte del camino. Lo mismo sucede con otros acontecimientos antiguos y modernos, como los rosarios nocturnos o de la aurora, los festejos estudiantiles, las marchas militares o las protestas civiles. Ciertamente, al promediar nuestro siglo y entubarse el Huatánay construyéndose la avenida Sol, ésta ha pasado a ser otra vía prestigiada ya que llega a unir la parte baja de la ciudad con la plaza pasando por nuevos hitos como el palacio de justicia.

Un estudio sobre la articulación de esta avenida con la “vía sacra” (perpendicular a ella) sería interesante, porque así como la calle tradicional tiene una parte de cuesta y luego se desarrolla en un nivel, la nueva opción presenta una fuerte pendiente de ascenso hacia la plaza, a la que no tiene acceso directo. Aunque ahora esto escapa a nuestro cometido.

Otros recorridos sacros son los que se forman alrededor de cada una de las plazas, destacándose lógicamente el de la de armas. También es posible recorrer el precurso que enlaza las tres plazas principales recuperando en cierto sentido el espacio de la vieja Huacaypata. Pero detengámonos ahora en la plaza mayor. Allí se desarrollan las fiestas principales entre las que se destaca la del Corpus Christi. Las directivas del concilio tridentino recomendaban dar importancia a esta festividad movable alrededor del solsticio invernal y que se celebraba un día jueves. Coincidió entonces con una tradicional fiesta del incanato en honor del sol llamada Inti Raymi. Evidentemente, ello posibilitó la asociación de ambos símbolos que se tradujo en múltiples aspectos de la evangelización. Pero acá nos interesa atender a la celebración misma.

Por un lado, la festividad abarca una semana entre llegadas de imágenes, ritos dentro de la catedral, procesión y regresos. Por otro, están involucradas catorce imágenes, coincidiendo con el número de monarcas incaicos. Supone una serie de carreras entre algunos de los santos (como San Sebastián y San Jerónimo) apostando a cuál de ellos llegará primero al centro desde sus respectivas parroquias. Incluye visitas previas y posteriores a algunas iglesias del centro de imágenes del conurbano, así como la estadía de varias noches de todas ellas en la catedral. La Mamacha Belén “duerme” en Santa Clara, y allí es vestida y adornada para la

fiesta. Pero a veces se dan casos de santos que “duermen” en templos de santas, dando lugar a los más jocosos y atrevidos comentarios de la gente, que siente que las imágenes tienen vida. De esto habría mil anécdotas, así como son miles los piropos que la gente les grita. Quisiéramos destacar dos ideas en particular: la semejanza que hay con algunas expresiones andaluzas y ese mismo sentido de personificación de las imágenes.

A lo largo del tiempo la fiesta del Corpus fue haciéndose más y más fastuosa. Se incorporarían las carrozas de los diversos santos, el gran carro y el templete del Santísimo, las cofradías harían sus altares portátiles, los vecinos adornarían sus balcones y todos los vecinos participarían, fuera con su grupo de pertenencia (parroquia, hermandad, colegio) o fuera en forma individual. Los cuadros que se encontraban en la iglesia de Santa Ana, y hoy se hallan en el museo arzobispal, muestran detallados panoramas de la festividad, la gente, la plaza, y permiten hacernos una idea de lo que había llegado a consolidarse a fines del siglo XVII. Pero es estremecedor ver que en el día de hoy hay muchas persistencias.

La participación de la misma plaza es muy importante, pues su espacio abierto, el atrio de la catedral, sus escalinatas, los edificios que la rodean y las calles que allí desembocan cumplen cada uno con una función en el desarrollo de la fiesta. A ello se une el recinto catedralicio en donde se colocan las estatuas y dentro del cual se cantarán misas y se realizarán rituales durante varios días. La catedral permanecerá abierta en horarios que no son los habituales y a ella ingresarán personas que sólo lo hacen en esos días. Lo mismo puede decirse de las procesiones, ya que muchos que se dicen contrarios a la religión, participan de las celebraciones y hasta se arrodillan y rezan en la ocasión.

Y así como la plaza es el centro del Corpus, la que llamáramos vía, sacra y las otras calles de acceso desde las parroquias que traen a sus santos, se convierten también en potenciales recintos simbólicos. En ellos se instalan altares portátiles para devociones variadas y para armar una suerte de estaciones o posas de las imágenes o de los atributos de sus cofradías. Estas posas fueron usadas también para otro tipo de celebraciones, particularmente en las exequias. Con el tiempo adquirieron mucha importancia y es a principios del siglo XVIII en que va a haber un gremio de altareros dedicado a fabricarlos. En el día de hoy es común verlos formados por espejos enmarcados en madera pintada de rojo, a lo que se añade todo tipo de adornos.

Con la definición de esos recorridos y su señalamiento por estas instalaciones, se estructurará en esos días una fuerte vinculación del centro con las parroquias de la periferia, llegando a unir lugares distantes como las parroquias de San Jerónimo y San Sebastián, a las que actualmente se agrega la de Poroy, lugar al que fuera llevada la imagen de Santa Bárbara. De algún modo parece recrearse un nuevo Tahuantinsuyo. Y así como decíamos antes con respecto a la catedral, podemos afirmarlo para la fiesta en general: es para muchos la única oportunidad en el año para trasladarse al centro de la ciudad, así como para algunos es el motivo válido para estrenar ropa y acompañar a su santo o virgen preferida, que también suele hacerlo.

A ello debería agregarse un breve comentario sobre la integración de las oraciones comunitarias en voz alta, de la música (con sus bailes) y de las variadas comidas propias de cada celebración. Porque si la procesión del Santísimo ocupa el mediodía, la tarde da lugar a la ingesta de diversas preparaciones y a la descontrolada bebida que incita al baile hasta el atardecer, rito pagano que se desarrolla en la plaza en general, incluyendo los atrios del conjunto catedralicio. Las mismas bandas que de mañana tocaban para acompañar a las imágenes, por la tarde arrancan con otras músicas en las que puede reconocerse un amplio mestizaje de melodías y de ritmos. Hoy la música sacra los huainos y la chicha van acompañados de una reinterpretada marcha de San Lorenzo, cumbias y cervezas, pero el sentido original está presente.

7. Algunas conclusiones

A esta altura podemos sacar ya algunas conclusiones. En primer lugar, pueden reconocerse algunas épocas claves:

- reordenamiento español, mediados del siglo XVI
- inicio de consolidación, hacia 1600
- estructuras educacionales, hacia 1620
- construcción masiva, hacia 1645
- sismo, 1650
- reconstrucción y consolidación, entre 1650 y 1700
- decadencia, a partir de 1720
- expulsión de los jesuitas, 1767
- Túpac Amaru, primeros movimientos independentistas, desde 1780
- Mateo Pumacahua, revolución cusqueña, 1814
- independencia, 1825

Siguiendo, debemos decir que los ritos y simbolismos no eran sólo de origen religioso ni referidos a ello, sino que abarcaban la vida civil y que el hombre y la mujer cusqueños eran afectos a esas expresiones. El sentido barroco, y por ende teatral, de la vida comunitaria estaba presente en la ciudad y teñía la actividad diaria.

Esos ritos sirvieron para el mantenimiento de la cohesión social pero también para el mismo mantenimiento físico de la ciudad. Edificios, costumbres, música, culinaria, vestimenta se han visto protegidas por estos rituales, como el retejo de primavera o los doce platos del viernes santo.

El límite entre las fiestas religiosas y las cívicas tuvo muchos puntos indefinidos: las autoridades civiles podían estar en lugar destacado dentro de una función religiosa y viceversa. Lo mismo solía ocurrir en las formas externas de la celebración: los bailes en el Corpus y las bendiciones en un acto secular.

El simbolismo incaico se hizo presente de manera clara o en forma sutil, pero no llegó a perderse del todo. Inclusive hubo situaciones que quedaron dormidas por un tiempo y más tarde renacieron.

La vida de la ciudad no era tranquila ni bucólica, como podríamos pensar hoy. Los pleitos comenzaron con la repartición de las tierras y nunca se apaciguaron. La portación de armas, blancas sobre todo, fue común entre los hombres, aun entre los jóvenes estudiantes. Las heridas y asesinatos podían darse en los escenarios más impensados, como los mismos interiores de las iglesias. Los rencores entre grupos políticos o sociales, entre marido y mujer, entre alumnos de uno u otro establecimiento podían ponerse en evidencia con la mayor saña y con bastante frecuencia.

Muchas de estas situaciones han persistido hasta nuestros días y hoy pueden leerse en la ciudad y en sus costumbres. No han desaparecido ni los ritos, ni el sentido barroco, ni los límites difusos entre lo cívico y lo religioso, los simbolismos incaicos reviven y se mezclan con los cristianos. No han desaparecidos los pleitos, hoy quien no tiene uno se siente persona poco importante, pero las acciones rencorosas han bajado mucho el tono y los asuntos se dirimen en todo caso con las manos.

Y para nosotros argentinos vale esta observación: el mate era de uso normal entre algunos españoles y mestizos, un conocido comerciante de la ciudad importaba la yerba del Paraguay algo que hoy no hacen los comerciantes modernos.

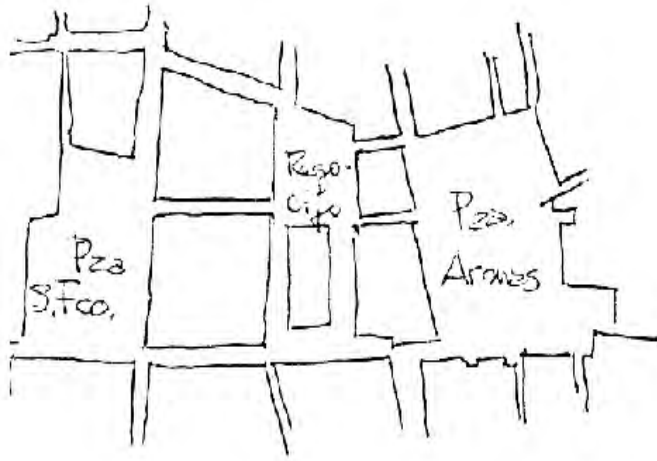
Principales repositorios consultados:

1. Archivos:

- * Departamental del Cusco
- * Arzobispal del Cusco
- * Parroquiales
 - * Belén
 - * Santiago
 - * San Sebastián
 - * San Jerónimo
 - * El Sagrario
 - * San Blas
 - * San Cristóbal
 - * La Almudena
- * Religiosos
 - * Santa Catalina
 - * Santa Clara
 - * Santa Teresa * Nazarenas
 - * Santo Domingo
 - * San Francisco
 - * La Merced
- * Nacional del Perú (Lima)

2. Bibliotecas

- * Nacional (Lima)
- * Centro Bartolomé de las Casas (Cusco)
- * Fundación CEDODAL (Buenos Aires)

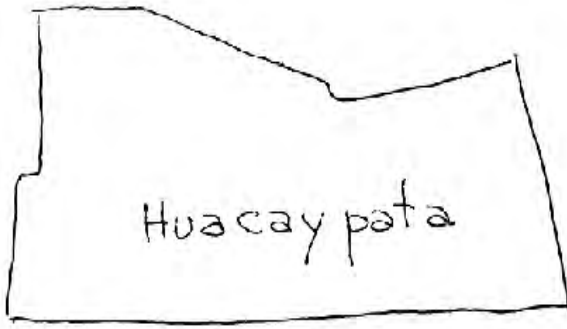


Pza
S. Fco.

Rego.
Cuzco

Pza
Armas

Cusco colonial



Huacaypata

Cusco incaico



- 1 Catedral
- 2 Iglesia del Triunfo
- 3 Iglesia de Jesús y María
- 4 Plaza de la Compañía de Jesús
- 5 Capilla de Lourdes
- 6 Convento y Iglesia de la Merced
- 7 Iglesia de San Agustín
- 8 Iglesia y Convento de San Francisco
- 9 Monasterio e Iglesia de Santa Teresita
- 10 Convento de San Antonio Abad
- 11 Iglesia de San Sebastián
- 12 Convento de San Domingo
- 13 Convento de San Agustín
- 14 Convento de San Agustín
- 15 Convento de San Agustín
- 16 Convento de San Agustín
- 17 Convento de San Agustín
- 18 Convento de San Agustín
- 19 Convento de San Agustín
- 20 Convento de San Agustín
- 21 Convento de San Agustín
- 22 Convento de San Agustín
- 23 Convento de San Agustín
- 24 Convento de San Agustín
- 25 Convento de San Agustín
- 26 Convento de San Agustín
- 27 Convento de San Agustín
- 28 Convento de San Agustín
- 29 Convento de San Agustín
- 30 Convento de San Agustín
- 31 Convento de San Agustín
- 32 Convento de San Agustín
- 33 Convento de San Agustín
- 34 Convento de San Agustín
- 35 Convento de San Agustín
- 36 Convento de San Agustín
- 37 Convento de San Agustín
- 38 Convento de San Agustín
- 39 Convento de San Agustín
- 40 Convento de San Agustín